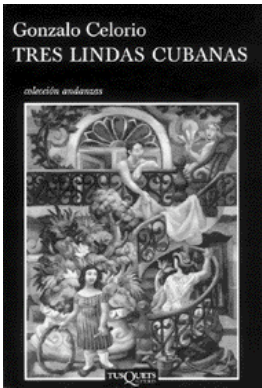


Tres lindas cubanas de Gonzalo Celorio

Rosa Beltrán



-En *El arte de la fuga*, Sergio Pitol dice:

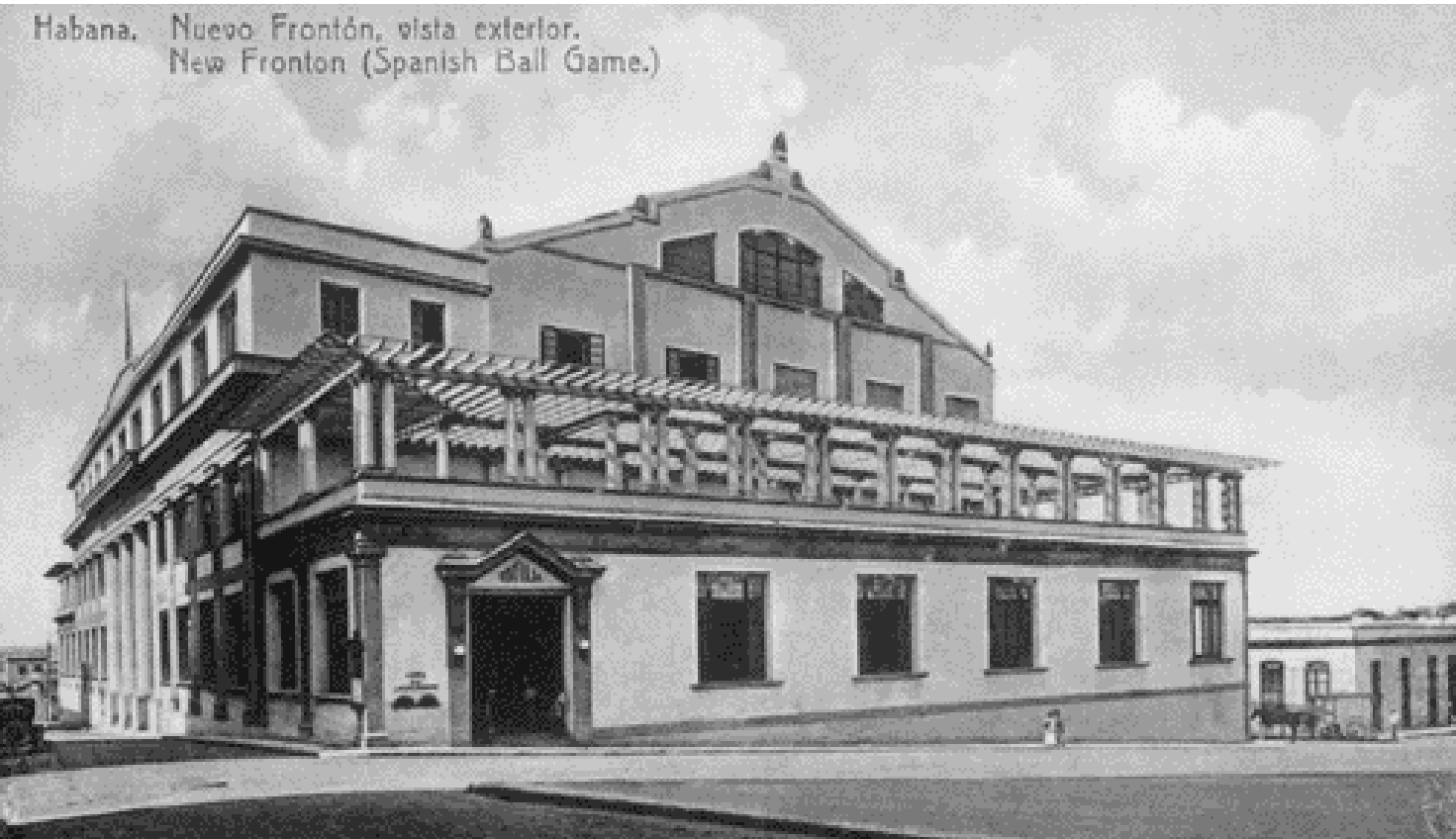
Uno es los libros que ha leído, la pintura que ha visto, la música escuchada y olvidada, las calles recorridas. Uno es su niñez, su familia, unos cuantos amigos, algunos amores, bastantes fastidios. Uno es una suma mermada por infinitas restas.

A quienes llegamos después de él, Sergio nos enseñó también que uno es de donde elige ser pues la identidad y el origen a diferencia de lo que se pensaba antes de que descubriéramos que tienen el nomadismo como signo, pertenecen a lo que Goethe llamaba “afinidades electivas”. Hoy que sabemos que en esencia somos seres exiliados; que nuestras calles de la infancia, que

nuestra colonia, que nosotros mismos, el niño que fuimos, se ha mudado de domicilio para siempre y por eso estamos condenados a un exilio permanente, comprendemos que la identidad consiste y quizá no sea otra cosa que llegar a un acuerdo con la memoria. Un acuerdo porque los ojos de ese niño o ese joven que fuimos no son los del hombre maduro que lo juzga cuando decidimos pensar quiénes somos.

Dije “niño” y dije “hombre” donde debí haber dicho “niña” o “mujer” porque la identidad entre otros nomadismos está también sujeta en ciertos espacios privilegiados al cambio de género. En la mayoría de los casos es una voz. ¿Quién habla a través de nosotros cuando decimos ser quienes somos?, eso fue lo primero que me pre-

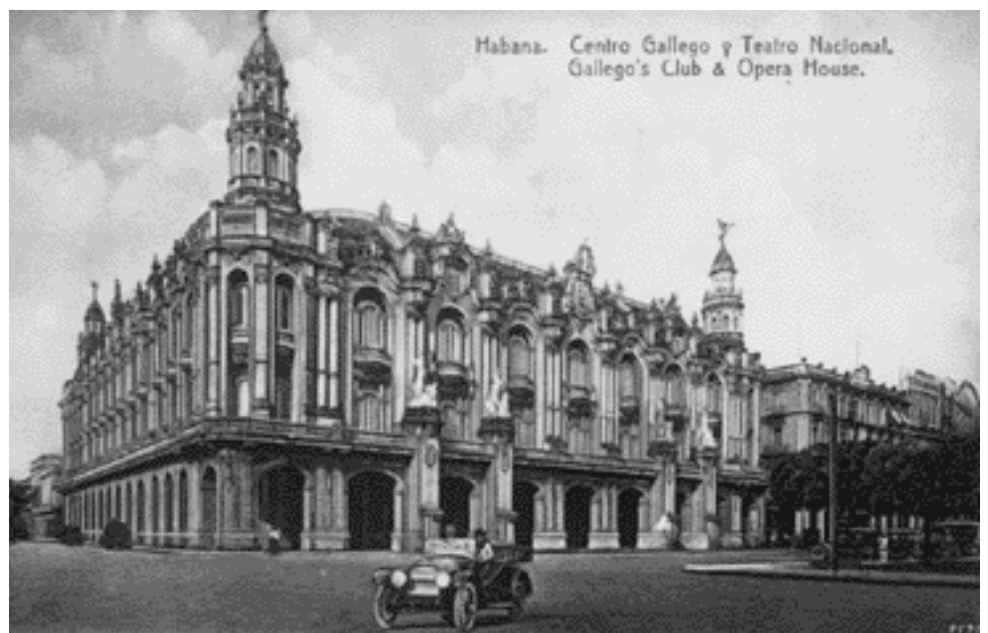
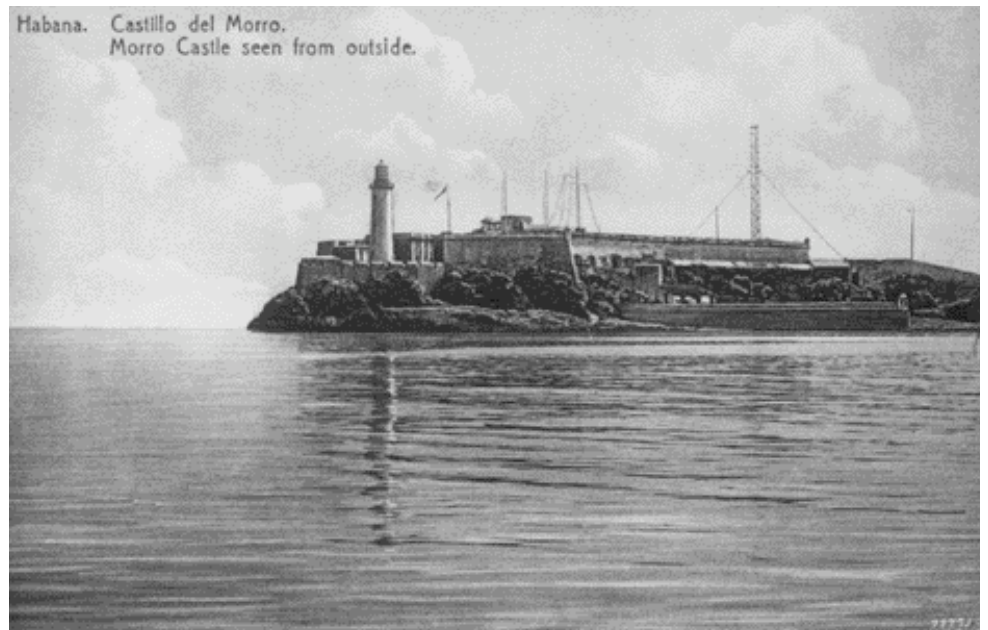
gunté al abrir *Tres lindas cubanas*. ¿Quién habla aquí? Porque Gonzalo Celorio, el supuesto autor de este libro, se habla a veces en femenino, porque ha elegido, para contarse a sí mismo, la historia de su madre y de sus dos tías, Ana María y Rosita y porque sólo a través de esas mujeres su pasado p a rece tener sentido. Más aún: ¿por qué ha elegido narrarse desde su cubanidad? “De los ochenta kilos que peso, cuarenta son cubanos”, dice Gonzalo en repetidas ocasiones. Y sin decirlo, dice algo más enigmático aún: los cuarenta kilos mexicanos que él es sólo pueden explicarse a través de los cuarenta kilos cubanos, y en cuanto a éstos, al menos tres cuartas partes pertenecen a su madre y a sus dos tías. Tal vez a Pitól le faltó decir que uno no siempre elige



la voz con que habla esa suma merma por infinitas restas que somos. Que simplemente esa voz llega un día, se instala y empieza a narrarnos. “Éste eres tú” nos dice. “Esto es lo que recuerdas de tu padre”:

No te lo puedes imaginar en traje de baño, trepado en un trampolín de tres metros de altura, a punto de tirarse un clavado a la piscina, ni armado con una escopeta de doble cañón en un coto de caza (...) muchas veces oíste que había inventado un correaje especial para la cabalgadura que le permitía redactar sus informes en la aparatosa Remington, al tiempo que se desplazaba de un poblado a otro por las serranías de Puebla o de Oaxaca, cuando era inspector del timbre fiscal de la Secretaría de Hacienda, pero no te lo puedes imaginar montado a caballo.

En efecto, en esta novela es la historia misma la que habla, es la propia novela la que empieza a narrar a Gonzalo. Es también la voz de su madre, a veces, o de alguna de las tías quizás. Es en todo caso una voz que hace que Gonzalo confronte lo que le dijeron o lo que cree que le dijeron con el que es ahora cuando rememora y ordena, cuando elige desde el presente explicarse a través de su pasado. Es la voz que me explica a mí, de otro modo, el gusto de Gonzalo por la música cubana, por la literatura cubana, el gusto por la amistad como algo bullanguero y entrañable y no desligado de esa forma de emotividad barroca y amante de los juegos de palabras que es la cubanidad. Por primera vez, al empezar a leer este libro creí entender de otro modo que Gonzalo Celorio se hubiera dedicado a dar clases de literatura cubana por tantos años en la UNAM; que hubiera grabado un preámbulo en un disco de danzones tocados por la sinfónica explicando cómo se debe bailar el danzón; que tuviera fama de querer viajar nada más a Cuba, siempre a Cuba, de buscar congresos, convenios, de aceptar simposios internacionales a Polonia, a Hungría, a Rusia si es preciso, siempre y cuando el vuelo pasara por Cuba. Creí ver detrás de sus actos otra voluntad y oír otra voz. ¿Quién hablaba a través del autor que escribía esta novela y mientras la escribía era narrado por ella? Desde el principio, esa voz me fue familiar.





Y, tal vez por ello, la novela me atrapó. Comencé a leerla la noche en que la recibí y al día siguiente me desperté con una sensación incómoda. “Estoy deprimida”, pensé. Decidida a darme una hora de vacaciones, abrí la novela donde la había dejado la noche anterior y me arrebujé, puesto que la cama, como sabemos, es el *locus amoenus* de la depresión. Ya me había enterado de que el autor no podía imaginar a su padre en traje de baño, ni en polainas, ni usando su correa especial para escribir en la Remington mientras cabalgaba... Y que en su primer viaje a la Habana, Carlos Pellicer, tras haberse desnudado y metido a nadar, luego de unos minutos de silencio le dijo a un defensor de Playa Girón en tono de reclamo: “¿Cómo es posible, comandante, que el gobierno de la Revolución gaste tantos millones de dólares en pintar el mar!”. Pero cuando llegué a la página ochenta y seis descubrí que el señor que Gonzalo no se podía imaginar en traje de baño a punto de tirarse un clavado, que el señor que inventó un correa especial para la cabalgadura que le permitía redactar sus informes en la aparatosa Remington al tiempo que

se desplazaba de un poblado a otro por las serranías de Puebla y de Oaxaca, que el señor, en fin, que lo engendró a él, a Gonzalo, en el Hotel Roosevelt, era el mismo canciller especial del consulado de México en Cuba que entregó disimuladamente y con la complicidad de la nana Vicenta la misiva secreta en que declaraba su amor a la señorita Virginia Blasco, la madre de Gonzalo; que ésta era quince años menor que el señor que le hacía proposiciones por escrito; que a pesar de sus quince años de edad Virginia se enamoró enseguida de ese señor Celorio y que su relación, a pesar de los doce hijos que engendraron, fue entre otras cosas básicamente epistolar puesto que el señor Celorio era tanto más expresivo por carta que de viva voz, que Virginia, o sea su mujer, durante el noviazgo llegó a ansiar que el futuro esposo se despidiera para poder leer sus cartas en la soledad de su habitación. Y supe también que antes de morir Virginia le legó a su hijo Gonzalo un fajo de trece mil seiscientos noventa y dos cartas que su marido le escribió a lo largo del matrimonio.

Paralelamente (y siempre en mi cama) conocí las vidas de Rosita y de Ana María,

las otras dos hermanas de Virginia y, junto con ella, alma trinitaria de este relato, y en la página ciento cuatro supe que el pretexto de Gonzalo para volver a la Habana serían las sucesivas y deleitosísimas, para mí, visitas a estas dos extraordinarias mujeres. A través de ellas comenzó a desplegarse una Cuba que iba de las ilusiones juveniles de un Gonzalo que en sus años universitarios se congratuló de que un país pudiera darle la espalda a nuestro desdenoso vecino norteamericano, al aún joven y ya desilusionado Gonzalo que descubre en sus tías desde la primera visita las grietas de lo que ya desde entonces el régimen castrista no podía ocultar. La escena es muy simple, es la visita a la tía Ana María, de las dos hermanas que se quedaron en Cuba, es la militante. Una simple escena, una hilera de papas que la tía tiene puestas en fila en el suelo. Unas cuantas patatas, quizá la única comida de ese día que la tía, según le explica, ha puesto orgullosamente a rehidratar. “Porque en Cuba si alguien come una patata es que todos pueden comer una patata”. Más adelante, con la misma ironía cruel, desgarradora, conocí los avatares de Gonzalo con un negro que sudando a mares le contó su tragedia que no era otra que, precisamente, sudar. Las mujeres no se le acercaban, en la guagua le huían, era como un leproso sin lepra condenado a ver tanta mulata guapa desde un rincón en las fiestas. Gonzalo, tan generoso como es y comprendiendo la desgracia de ese hombre que sufría una suerte de suplicio de tántalo con las mujeres, fue a su hotel, subió a su habitación y le regaló al negrazo el desodorante nuevo que llevaba de repuesto. ¡Y ehto?, le dijo el hombre aquél indignado. ¡Yo lo quería en aerosol no en ehtick!

Podrán entender que para cuando terminé de leer esto, supe que mi depresión había aumentado, que es otra manera de decir que no había disminuido ni disminuiría porque no era tal sino algo más bien hecho de las ganas de seguir leyendo y por tanto decidí que lo más sensato sería darme otra hora de asueto y saber qué ocurría con las dos hermanas, Rosita, la casada con un catalán y muy opuesta al sistema, y Ana María la tía militante acompañada de Hilda, esa mosquetera que terminaría por convertirse en la hermana que la Revolu-

ción le regaló a la tía. Las transformaciones de la Cuba de los setenta y los ochenta a la Cuba de inicios de los noventa se fueron dando a la par que las vidas de las tías a quienes ya me sentía yo indisolublemente atada.

El punto número uno, “uno es los libros que ha leído” no tenía ya vuelta de hoja. Yo me estaba convirtiendo indefectiblemente en las páginas de *Tres lindas cubanas*. Quedaba, sin embargo, resolver el punto número dos. Qué hacer con mi depresión, que como he dicho, no lo era. Decidí tomar otra pequeña vacación, una hora y media más por aquello de que no hay mejor remedio para el deprimido que los viajes. Y en esta novela hay muchos.

Si el primer viaje de Gonzalo a Cuba había estado marcado por Pellicer y las patatas, el segundo fue la visita a un antiguo castillo encantado, el Hotel Nacional que, igual que aquel restaurante de la calle de Cuchilleros en Madrid, donde un simpático letrero reza que en ese lugar nunca cenó Hemingway, el Nacional fue famoso, lamentablemente, por algunos artistas notables que no pudieron hospedarse en él por el color de su piel, como Nat King Cole o Josephine Baker. Pero la visita a ese castillo, una vez pasados sus antiguos esplendores, compone uno de los episodios más vivos y más divertidos del libro donde Gonzalo Celorio y Eduardo Casar se libran como Ulises de oír pero no de ver a las sirenas. El tercer viaje, igual que el del Almirante fue desafortunado. Si Cristóbal Colón dice cada vez más desesperado no hallar pruebas de estar en Catay ni en Cipango, y a cambio —como una acción desesperada— jura que si eso que está enfrente de él no es Japón ni China debe entonces (conforme se asienta en el *Apocalipsis* de San Juan) ser el Paraíso, Gonzalo Celorio en su tercera visita tiene que conformarse con una Cuba marcada por un viaje de académicos donde todo es trato amable y monotemático, es decir, falto de interés pues como sabemos, los académicos cuando se reúnen no hablan nunca del saber ni del conocimiento sino solamente —y mal— de otros académicos. Pero igual que Colón al no encontrar lo que buscaba nos da a cambio y como forma de compensación el paraíso. Nos hace una lectura crítica de la obra del autor de *El siglo de las luces* y así el



Gonzalo Celorio

libro se vuelve una discusión brillante sobre el europeísmo con que Carpentier exotiza a Cuba, sobre las imposibilidades de leer a Lezama en Cuba, sobre sus amigos escritores cubanos que a falta de papel e imprenta han de aprenderse de memoria las novelas que escriben. (Me consta. En un intercambio en Guadalajara mientras recorríamos una distancia larga en autobús uno de ellos, López Sacha, fue diciéndome en voz alta y línea a línea su novela, con el resultado insólito de que fue él quien luego de varias horas de relato, como una Sherezada capitulante, se quedó dormido.)

Y luego de los viajes por los autores y los libros (confieso que Dulce María Loynaz siguió siendo para mí el misterio que antes era) Gonzalo nos lleva por distintas partes de Cuba. Nos dice que en la antigua casona de la calle del Empedrado, aledaña a la famosa Bodeguita del Medio donde se instaló el Centro Cultural Alejo Carpentier, vio una máquina Olivetti que aún conserva en el rodillo una página de una novela que Carpentier nunca escribió y que relata las relaciones de la hija de Karl Marx con Paul Lafargue, el escritor y político francés naci-

do en Cuba que escribió *El derecho a la peregrina*. Aprovechando el viaje, Gonzalo nos habla de las famosas columnas de las que escribió el propio Carpentier, de las casonas que fueron en la Calzada de Jesús del Monte y que ya no son, nos narra episodios marcados por el compás de los ritmos cubanos y nos confirma que uno es los libros que ha leído, la música que ha oído, algunos amigos y, en cambio, desmiente al menos durante el tiempo en que uno lo lee, que la vida sea también algunos fastidios o una suma mermada por infinitas restas.

Por eso celebro que *Tres lindas cubanas* haya visto la luz, editado por Tusquets y que haya caído en mis manos el día en que Gonzalo me invitó a presentarlo. Desde que lo abrí, se me fue como agua, me admiré, lo gocé, sufrí a Cuba y me maravillé una vez más de la extraordinaria cultura cubana y de los cubanos.

Ahora bien: sé que en mi presentación queda un cabo suelto y es la depresión. Sobre ésta, y con base en mi experiencia, puedo decirles una cosa. Si al empezar este libro en su cama, muy arrebujados, sienten que les da, sólo hay una forma de quitarla. Consiste en llegar a la última página. **U**